

guión

“Teología Política” es el nombre que a sí mismo se da un reciente movimiento teológico, un nombre que tiene bastante de provocativo e incluso de sospechoso. Cuando se pretende liquidar una época en la que los Papas consagraban a los Emperadores y los Emperadores o los Reyes convocaban Concilios, elegían por medio de sus cardenales a los Papas y de un modo más directo a los obispos, en la que las guerras se bautizaban como “santas”, una época que se ha caracterizado por las mutuas ingerencias de ambos campos, el político y el religioso, empiezan unos teólogos a politizar la Teología. Lo que de aquí salga ¿no será al mismo tiempo una mala Teología y una mala Política? Y sin embargo el movimiento, surgido principalmente en Alemania y EE. UU., entre católicos y protestantes, se va extendiendo y afianzando y encuentra amplia audiencia en el mundo teológico. Uno de los artículos de la presente monografía da cuenta del pensamiento de uno de los representantes más cualificados de la “Teología Política”, Juan Bautista Metz.

Creemos que no se trata de una moda teológica pasajera. Se le ha achacado el buscar en la política un sustitutivo del verdadero objeto de la Teología, que es Dios. Pero la cuestión es si hablar de Dios es algo tan políticamente neutro e inofensivo como se piensa. A algunos le parecerá que es un modo de vender mejor la Teología a un público a quien ni interesan las especulaciones metafísicas ni dice nada el lenguaje religioso. Creemos sin embargo que la Teología Política está pensada desde la misma Revelación. Lo que viene a decir es que la Salvación que Dios revela y obra no la reserva al “cielo”, a la “vida eterna”, al más allá, de tal modo que vaya a surgir de las cenizas del mundo, sino que se va construyendo con las piedras del mundo, que para que su obra definitiva sea perfecta no tiene que aniquilar su obra primera, ni para que sea totalmente suya tiene que anular la iniciativa humana, ni para que sea espiritual tiene que eliminar a la materia. La construcción de la ciudad terrena es una contribución a la construcción de la ciudad celestial. Una sociedad más justa estará más cerca del Reino de Cristo y contribuirá más a su venida.

El Reino de Cristo tiene ya una presencia interior en los corazones. Ese Reino (semilla, fermento, tesoro escondido) tiene que calar más hondo

en cada uno que un slogan publicitario o político. Pero esto no quiere decir que deba quedarse ahí dentro en la intimidad solitaria del alma con Dios. Si no hay amor al prójimo, no hay amor a Dios. Y el amor tiene que dar fruto de obras y tener dimensiones sociales, porque el prójimo es un ser social. Sostener con una mano las estructuras políticas que encierran en cualquier clase de pobreza, que impiden el desarrollo humano, y con la otra socorrer a esos mismos pobres es llevar demasiado lejos lo de la frase evangélica: “que tu mano derecha no sepa lo que hace tu izquierda”.

Es verdad que, según las imágenes bíblicas, lo que aquí edifique el hombre tendrá que pasar por el fuego purificador. La Teología Política no lo olvida y de aquí el papel de crítica política que atribuye a la fe en Cristo. Dice J. A. T. Robinson que “la comunión es dinamita social, si llegamos a tomar realmente en serio el modelo de comunidad que se nos da en el altar”. Esta fe tomada en serio percibirá la enorme distancia que hay entre las salvaciones y redenciones de un determinado orden social y la Salvación y Redención absolutas. Será una fe iconoclasta para los ídolos políticos (personas o ideologías). Es lo que la Teología Política llama “reserva escatológica”. Pero al mismo tiempo será un fermento y una incitación para la mejor construcción de la “polis” terrena. No admitirá los bautismos que se han prodigado desde el Sacro Imperio hasta los estados confesionales y los partidos demócratas-cristianos, pero tampoco caerá en una engañosa neutralidad política que en la práctica coincide con una alianza con el poder establecido.

Se puede prever que esta teología resultará molesta. Porque es exigente, en primer lugar para la misma Iglesia, y porque no es una teología de altos principios que se pueden acoger con tanta reverencia como convicción de que no obligan a cambiar nada en la práctica.

Cae de lleno dentro de nuestro tema la reciente carta de Pablo VI “Octogesima adveniens”, salida a la luz cuando ya este número de nuestra revista estaba preparado para la imprenta. El Papa dirige a los cristianos un llamamiento apremiante a la acción política. Con pleno respeto para la autonomía de la realidad política y para el pluralismo de opciones, según la conciencia de cada uno, les urge a “buscar una coherencia entre sus opciones y el Evangelio”, a “situar su responsabilidad y discernir en conciencia las acciones a las cuales están llamados a participar”. Y hay que notar que estos “compromisos que conviene asumir para realizar las transformaciones sociales, políticas y económicas” no tocan sólo a los cristianos individualmente, sino que tienen una dimensión eclesial, tocan a las “comunidades cristianas”.

“La política es un aspecto, aunque no el único, que exige vivir el compromiso cristiano al servicio a los demás”.

Pablo VI, *Octogesima adveniens*